

## Caminantes

Héctor Justino Hernández\*

Madre e hijo marchan tomados de la mano. Ella viste con telas andrajosas, usa trenzas en las que se engarzan hilos de plastimetal, alhajas de engranes cuelgan de su cuello. Él lleva harapos sucios. Ambos van descalzos: sus pies están cubiertos con llagas, cuarteados, como el suelo que pisan, estériles, como toda la tierra que los rodea. Nubes verdes, naranjas y amarillas resplandecen altas a la luz de un sol crepuscular. Los caminantes y las nubes se parecen: no tienen puerto de llegada, solo un punto del cual huir.

Se detienen un instante, la madre escucha el silbido característico de los vientos. Bajo el suelo, un tremolar les avisa que las ráfagas están cerca. Se asustan, en especial ella, que lleva años huyendo del aire. Mira alrededor, la angustia crece en su esquelético y ajado pecho. Divisa no muy lejos una tenue depresión del terreno, de poco más de un metro de profundidad, quizás el sitio que antes ocupaban las raíces de un baobab antiguo. Corren hacia allá, tropezando a cada paso, más por el cansancio, el hambre y el miedo, que por las aristas asomadas de la tierra. Alcanzan el hueco. La madre se coloca sobre el pequeño, lo protege con sus ropas sintéticas, mientras se cubre también la cabeza. Se estiran lo más pegados que pueden a la hondonada.

Lo sabe, como en ese lugar no hay dunas ni rocas grandes que detengan al viento, este arrasa con todo lo que se encuentra en pie. El temblor se hace más fuerte, y de repente llegan. Soplos pasan sobre ellos como cebras desbocadas, el niño cierra los ojos, ya no tiene lágrimas para llorar, pero siente una enorme nostalgia por algo que sabe perdido.

Al cabo de un rato, tal vez una hora, la tempestad amaina. La madre se levanta, su ropa está ahora cubierta de un

\* **Estudiante de Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Facultad de Letras Españolas, Universidad Veracruzana.**

**Al hombre lo han deformado del rostro, por ello no se le distinguen las facciones, pero ella lo reconoce por la complexión y la ropa.**

polvo fino que huele a kanina, el pan de las sacerdotisas. El apetito de ambos despierta. Ella rebusca en un saco que trae escondido entre las ropas y le ofrece al pequeño un trozo de carne seca, el último que les queda. Lo mira masticar con cuidado para que no le duelan los dientes llenos de caries. La mujer, para atenuar la hambruna, recuerda lo que le contaba su madre: ahora el mundo es un gran desierto, pero antes estuvo lleno de árboles y la técnica para dominar las máquinas no se había olvidado.

Deciden pasar la noche en la hondonada. La oscuridad es profunda, como su piel. El niño descansa, pero se mueve intranquilo en sueños. Ella duerme a ratos, piensa que ya nunca podrá volver a sentir sosiego.

Al amanecer, continúan su camino. Más tierra llana a su alrededor. Vetas de antiguos yacimientos aparecen aquí y allá en colores oscuros: café, verde, rojo. De vez en cuando asoman del suelo trozos de metal oxidado con formas oblicuas o prismáticas. Madre e hijo los evitan para no activar nada que desconozcan.

Casi ha transcurrido todo el día cuando divisan un objeto que se alza como una aguja. La madre en seguida descubre de lo que se trata: un crucificado. A veces las partidas de peleadores testudos viajaban adentro en los páramos para castigar a sus enemigos, o a los traidores. La ley decía que quienes se acercaran a los condenados merecían un castigo igual. Pero ya no había testudos para castigarla.

Se apresura tanto como el niño se lo permite. En unos minutos llegan al sitio y recorren con la mirada la estructura: una cruz de dos metros de alto, desvencijada, hecha con piezas sueltas de metal, unidas a fuerza de golpes, dobleces y clavos, tiene en su centro a un ajusticiado. Al hombre lo han deformado del rostro, por ello no se le distinguen las facciones, pero ella lo reconoce por la complexión y la ropa. Es Roc, al que se llevaron varias noches atrás, antes incluso del desastre, por meterse en la carpa de las sacerdotisas.

Se acerca, con el niño pegado a sus piernas. Un hilo de voz sale del cuerpo del herido: sigue con vida, piensa ella. Le dice al niño que se quede a un lado y no se acerque. De su ropa extrae un cuchillo y corta los amarres que apresan al crucificado. Es alta y por ello no se le dificulta llegar a los brazos ni al cuello. Después de liberarlo, se lo echa al hombro, sus tendones se estiran con el esfuerzo, luego da unos pasos y lo deja caer, con cuidado, sobre la tierra. Palpa las heridas y el rostro de Roc: los pómulos rojos, un ojo negro

y abultado, un poco de sangre impregna el cabello. Él responde con un hilo de voz en el que ella reconoce su propio su nombre: Kintana.

Ella mira al niño: una criatura enclenque cuyos huesos comienzan a asomar sobre la piel. Debemos seguir avanzando, hacia las montañas, se dice. Toma su cuchillo y lo alza para acabar con el sufrimiento de Roc. Pero se detiene, no puede. Al poco rato se aleja del moribundo después de cubrirle la cabeza con un trozo de tela arrancado a su vestido, más para evitarles el espectáculo de la muerte que para protegerlo del polvo.

Pasan esa noche a la intemperie. No hay viento, todo en calma. Poco antes del amanecer Kintana cree oír el aleteo de un ser enorme que pasa, moroso, sobre sus cabezas, pero no consigue ver nada. Cuando se levanta, se da cuenta de que el crucificado ya no respira. No duda. La noche la ayudó a decidirse. Antes de seguir su camino, venda los ojos de su hijo, extrae la daga y se acerca decidida a la carne ahora muerta de Roc.